

SEGUNDA PARTE.

VII.

Después de más de una hora
De muy zozobrosa espera,
Los ojos de Beatriz
Alcanzaron, de la espesa
Sombra del monte saliendo,
Y avanzando por la senda,
Dos bultos que más se aclaran
Como á la quinta se acercan.
Conforme fueron llegando
Fué su mano dando vuelta
Al postigó por do mira
Y cuando ellos á la puerta
Se pararon de la quinta,
Oculta en la sombra ella,
Ve y oye de la ventana
Por una rendija estrecha.
Su hermano y el otro son;
Y entrambos con voz resuelta
Exige el uno, y el otro
Resiste, desoye y niega:

EL BANDIDO.

Carlos, piensa lo que haces.

CARLOS.

De más lo he pensado.

EL BANDIDO.

Piensa

Que son ciertas mis palabras
Y seguras mis promesas.
Yo tengo en la corte amigos,
Y uno á cuya voz primera
El Rey ha de dar por buenos
Mis delitos y proezas.
Héle salvado dos veces
La vida en liza sangrienta,
Recibiendo una lanzada
Que me hizo quedar en tierra,
Y á él estaba dirigida;
Y en el punto que yo quiera
En nombre de aquella lanza
Valerme de sus ofertas,
Todo ha de ser olvidado,
Todo, ¡lo entendeis?

CARLOS.

Muy buenas
Serian tus esperanzas
Como realizadas fueran.

EL BANDIDO.

Pues bien, hay más todavía:
 Toda la provincia entera
 De mis asaltos nocturnos
 Con ira y pavor se acuerda;
 Los comerciantes más ricos
 Aun inútilmente esperan
 Cantidades que en sus cajas
 Como déficit se cuentan.

CARLOS.

¡Tú propio de ello te alabas!

EL BANDIDO.

Escúchame y ten paciencia.
Yo nací rico, lo sabes;
Los juegos y las pendencias,
En fiestas y en medicinas
Sorbieron toda mi hacienda.
Soldado fuí, y honra tuve;
Si una palabra en mi ofensa
Del rey abajo me dijo
Alguien, le arranqué la lengua.
Me desterraron y huf;
Mas me agobió la miseria,
Y tolerarla no puede
Quien no nació para ella.
Acógime á las montañas,
Juntéme con gente fiera,
De la sociedad lanzada
Por sus costumbres perversas.
La educación y el valor
Dieronme ventaja inmensa
Sobre estas hordas salvajes,
Y bien con maña ó con fuerza,
Hoy á mi voz obedecen
Y me veo á su cabeza.
No se ha dado golpe en vago;
Inmensurables riquezas
Han venido á mi poder;
Mas ¿sabes lo que hice de ellas?
Con el oro que yo robo,

Otra persona comercia,
Paga y mantiene mi gente,
Y con secreto almacena
Todas las prendas robadas,
Anotando nombre y señas
De sus dueños, á quien deben
Volver cuando me convenga:
Yo no supe vivir pobre,
¿Quién fiarme una peseta
Sabiendo quien soy, querría?
Y en situación tan extrema,
Lo que de grado no hallara
Pensé en hallarlo por fuerza.
Todo el mundo me prestó
Lo que en verdad no quisiera,
Y á todo el mundo le debo
Por mi valor mi riqueza.
Ahora bien, Carlos, respóndeme.
Yo estoy pronto á dar mis cuentas
Y á volver el capital
Con que he rehecho mi hacienda;
El rey me ofrece un indulto,
Y gracia de una bandera
Si al servicio de las armas
Quiero volverme... Contesta,
Todo en gracia ha de caer
En obsequio á la manera
Con que ha sido hecho, ¿tu hermana
Podrá entonces ser la prenda
De la dicha que me alcance?

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Carlos, mira y piensa
Que en ello va mi fortuna
Y aun mi virtud venidera.

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Veo, miserable,
Tu mezquindad manifiesta;
Veo que aun no has olvidado
La bailarina francesa.

CARLOS.

Ni la olvidaré jamás.

EL BANDIDO.

Tienes el alma más negra
Que la crin de mi caballo,
Si la memoria conservas.
Ella eligió entre los dos.

CARLOS.

Lo sé.

EL BANDIDO.

¿De qué, pues, te quejas?

CARLOS.

Basta, César; buenas noches.

EL BANDIDO.

Atiende, Carlos, espera.

CARLOS.

Es inútil cuanto digas.
Ya has oído mi respuesta,
Y no olvido ni perdono.

EL BANDIDO.

Entonces, Carlos, recuerda
Que te fié mis secretos,
Y guardarlos me interesa.
No abuses de ellos.

CARLOS.

Haré

Lo que mejor me convenga.

EL BANDIDO.

Más al mirar tu interés
Ve también mi conveniencia,
Porque uno con otro al cabo
Tendremos que arreglar cuentas,
Y ¡ay del que alcanzado quede!

CARLOS.

A sí cada cual atiende.

EL BANDIDO.

A sí cada cual... comprendo
Tus miserables ideas,
La inmensurable avaricia
Que tu alma mezquina alberga.
No es el voto de tu madre
Lo que al monasterio lleva
A Beatriz; de don Lucas
No es, no, la invencible y terca
Preocupación; tú solo
Viva en el claustro la entierrez,
Tú, solo tú, que en el oro
El móvil de tu existencia
Tienes puesto: sí; tú, Carlos,
Que apetece sus haciendas,
Y para unir las en tí,
Las intrigas no escaseas
Ni escrupulizas los medios.
Mas vive, Carlos, alerta.

CARLOS.

Y alerta tú, miserable,
Vive también, porque llega
El día de la justicia.

EL BANDIDO.

Ten, Carlos, la torpe lengua,
Que si llega el de la tuya,
Y es de Dios justicia recta,
No sé yo cuál de los dos
Llevará peor sentencia.

CARLOS.

Sin apelar á ese fallo,
Jueces hay sobre la tierra.

EL BANDIDO. (con desprecio.)

Jueces hechos de abogados
Como tú, que se reservan
La justicia para sí,
Y para el prójimo piedras.

CARLOS.

Sea por fin como fuere,

No ahondemos mas la materia,
Y que piense cada cual
Como mejor le parezca.
Y acabando de una vez,
Sea el motivo cual sea,
Ya mi sordida avaricia,
Ya la maternal promesa,
Ha de ser monja mi hermana,
O cuanto valgo me cuesta.

EL BANDIDO.

Pues de una vez acabando,
Cárlos, fuere la que quiera
Mi razon, ya el odio á tí
O mi amor para con ella,
Tu hermana no será monja,
O me cuesta la cabeza.

CARLOS.

Pues si estimas un aviso,
Y en los hombros te interesa
Conservarla, desde ahora
Por esta quinta no vuelvas.

EL BANDIDO.

Sea, Cárlos, como quieres,
Y si es que la tuya aprecias
No habites mucho esta quinta,
Que es muy fragosa la sierra,
Y al bajar alguna vez
Por resbaladiza senda,
Puedes tropezar y hacerte
Pedazos entre las peñas.

CARLOS.

Cenozco el piso.

EL BANDIDO.

No fies.

Y adios, Cárlos.

CARLOS.

Adios, César.

Echó César por el monte,
Atrancó Cárlos su puerta,
Cerró Beatriz el postigo,
Y quedó muda la escena.

VIII.

Todo lo oyó Beatriz: todo lo sabe,
Y en lágrimas deshecha
Lo irrevocable de su mal sospecha,
Concibe al fin lo que en su hermano cabe.
Ve su avaricia, y la fatal venganza
Que en César tomará, su amor primero
No olvidando jamas con la esperanza
De á su hermana perder y al bandolero.
Todo lo sabe, sí; que en noble cuna
Arrullado el bandido,
De enemiga fortuna
Vejado y perseguido,
Sus bienes y sus grados ha perdido,
Sus virtudes tal vez una por una;
Mas no, ¡por Dios! que noble todavía

De una pasión purísima instigado,
Recuerda con honor que fué soldado,
Recuerda su valor y su hidalguía;
Y los medios buscando, á la carrera
Volver intenta de la edad primera.
El se batió animoso
Por su Patria y su Rey; íntima, franca
Conserva con un noble poderoso
Ilesa su amistad, y esta le arranca
Del deshonor en que olvidado vive
Si admite sus propuestas,
Y por viejo favor, favor recibe.
La larga cicatriz de la lanzada
Por aquel recibida,
Al noble impone obligacion sagrada
De pagarle la vida con la vida;
Y á su honor tornará y á su grandeza,
Y á las fieras hazañas
De que el héroe fuera en las montañas,
Miradas á través de su nobleza,
Y á través de su ingenio y del indulto,
Ya no serán por crímenes tenidos,
Sino por hechos de gigante bulto;
Y tornará al ejército si quiere,
Y tornará á la Corte,
O vivirá feliz si le pluguiere
En el lugar donde morar quisiere,
Con elegida y cándida consorte.

Así pensaba á solas en su lecho
La hermosa Beatriz, y así crecía
El escondido amor que está en su pecho
Aumentando ó calmando su agonía.
Y las dulces palabras del bandido,
Y de su voz el mágico sonido,
Y la bizarra y varonil figura
De aquel gallardo rey de la espesura,
Y la grata memoria
De su variada y novelesca historia,
De sus juegos antiguos y amorios,
Apuestas, desafíos,
Y otros lances mas serios
Velados en recónditos misterios,
Todo á su mente viva se presenta,
Y todo ello acrecienta
La oculta simpatía
Que ya por él sentía
Desde la noche que á la quinta vino.
Por los montes huyendo del destino.
Y todo esto que atiza
El fuego de un amor que aun no concibe,
El objeto á sus ojos diviniza
Que á su pesar en su memoria vive.
Y con su imájen sueña,
Y en delirio amoroso
Como espíritu errante y luminoso
La contempla vagar de peña en peña,
Un porvenir mintiéndola dichoso.
"Ven, la dice tendiéndola los brazos
El fantasma hechicero,
Ven; las torpes cadenas haz pedazos
Del tirano poder que te sujeta;
Y en brazos del perdido bandolero

Encontrarás la libertad completa."
Y sueña que la toma
La amiga aparición sobre sus alas,
Y va de loma en loma,
Y va de cumbre en cumbre
A la pálida lumbre
De luna vaporosa
Viendo la creación maravillosa;
Y descubriendo en los hendidos cascos
De los rudos y altísimos peñascos
Los frescos manantiales trasparentes
Que lanzan por las peñas sus vertientes,
Y en los valles frondosos
Tornados en arroyos caudalosos,
O en fuentes cristalinas,
Fecundan florecillas peregrinas
Y espesas arboledas
De estendidos pinares y alamedas.
Y en medio del espacio la parece,
Do el aire se refresca y se enrarece,
Que alcanza de esmeraldas y topacios,
Pagodas y palacios,
Y las nubes con májicos celajes
Figuran sutilísimos encajes,
Ejércitos de sombras caprichosas,
Ya fieras, ya graciosas,
Que cruzan en diversos pelotones
Del aire azul las cóncavas rejiones.
Todo esto enamorada
Sueña tal vez, llevada
En brazos de la sombra que la hechiza,
De la bella vision que diviniza.
Mas ¡ay! que allá á lo lejos
De un astro ensangrentado á los reflejos
En nubarron de cárdenos colores,
Preñado de vapores,
De su camino en la mitad se lanza
El pálido fantasma de su hermano,
Y rompe sus delirios de esperanza
Con enemiga é iracunda mano,
Y agitada despierta
De la efectiva realidad iacierta,
¡Ay triste . . . triste Beatriz que adora
Un delirio no mas! cuantos dolores
Te va á traer la venidera aurora
Tras esos pensamientos seductores.
¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

¿Qué hace entretanto Cárlos?
¿Sueña tambien ecsaltacion futura?
¿Tendrá al fin que dejarlos
Realizar sus amores, su ventura?
¿Cederá del bandido
Al genio emprendedor? ¿teme su enojo?
Témelo, sí; mas corazon torcido,
Pérfida hipocresía
A oponer va á su arrojo,
Y en su destreza y sus amaños fia.
Cerrado en su aposento,
Cuando aun apenas amaneca el dia,
En planta pone su traidor intento:

Y á la sed de venganza que le ajita
El corazon cobarde le palpita.
En sus labios que el miedo descolora
Brilla sonrisa atroz, honda; revelan
Sus pardos ojos intencion traidora,
Y las miradas de sus ojos hielan.
Dificilmente toma
La desigual respiracion, y el pecho
Que corroe del crimen la careoma,
Presta al aire sutil ámbito estrecho,
Y le tiembla la mano
Mientras guia la pluma
Con que el intento que emprendió villano
En billete fatal traza y consume.
Dos veces le leyó despues de escrito,
Dos veces le dejó sobre la mesa,
Hasta que halló que en el papel maldito
Su voluntad con su diceion espresa.
Otra vez todavía
Le repasó al cerrarle,
Y á cada doble que al papel hacia,
Aun tornaba un momento á repasarle.
Cerró el billete al fin, pásóle oblea,
Y á un jayan despertando
Que en cercano aposento está roncando,
Y en quien peligro no hay de que lo lea,
"Toma, le dijo: á Córdoba volando!
Lleva á mi padre ese papel al punto:
Y cuenta con que abrevies el camino,
Que si en horas no llega á su destino
Y no logro mi afan, eres difunto."
Partió el jayan, y decidido fuese
A obedecer sumiso,
Mas que al jaco que monta harto le pese,
El trotar cuesta abajo y por mal piso.
Desde la alta ventana á que se asoma
Vióle Cárlos doblar la enhiesta loma,
Un "Dios con bien te lleve" murmurando,
Y un segundo billete comenzando.
Mas breve y mas conciso que el primero
Fué aquel, y con mas prisa concluido,
Aunque con mas cuidado conducido,
A manos del bizarro bandolero.
Un ladino mancebo, tosco, astuto,
Largo en malicia si de porte bruto,
Se encargó del mensaje,
Preparando con tiento en la memoria
Una fingida historia
Del término y motivo de su viaje.
Cuyas dos cosas juntas,
Carísimo lector, como que tienen
De misterio sus puntas,
Al caso en este número no vienen,
Y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos
Los relatos y escritos
Do las causas se ven por los efectos,
Porque escusan prefacios infinitos.
Informarte prefiero, y se me antoja
A vuelta de esta hoja,
De lo que sucedió con los billetes,
Y á ello es fuerza, lector, que te sujetes,
Aunque la relacion quede algo coja.

IX.

En la noche de aquel día,
 Noche negra y melancólica,
 En que todo en torno calla
 Y todo en torno reposa;
 En que tardía la luna
 Por el horizonte asoma
 Entre cenicientas nubes
 Que su luz pálida entoldan,
 Y en que á renovar convidan
 Dulces y antiguas memorias,
 El aislamiento del alma,
 La soledad silenciosa,
 La tranquilidad del mundo
 Y el misterio de las sombras;
 De pechos en su ventana
 Está Beatriz absorta
 En secretos pensamientos,
 Y consigo misma á solas.
 El codo en el antepecho,
 La sien en la palma apoya
 De una mano, y la otra mano,
 Dejada á voluntad propia,
 Arranca el húmedo césped
 Que en el antepecho brota,
 Con la humedad de la lluvia
 Y en la union de las baldosas.
 Mas no cual la noche última
 Hoy en lo que piensa ignora;
 No se elevan sus ideas
 En cadena nunca rota,
 Naciendo unas de otras mueren,
 Y donde unas se evaporan
 Las otras patentizándose
 Mas ó menos luminosas,
 Cual brotan de un manantial
 Una, diez, ciento, mil gotas:
 No; que esta noche bien sabe
 Lo que piensa y lo que llora.
 Todo el día en su aposento
 Se estuvo encerrada y sola,
 Prestando una dolencia,
 Mas de su hermano la cólera
 Temiendo y las invectivas;
 Y Carlos, que al plan que forja
 Mucho su ausencia conviene
 Para que no la conozca,
 Prestando al par negocios,
 Pasó la jornada toda
 Encerrado en su aposento,
 Devorando su zozobra.
 Así todo el día tuvo
 Libre Beatriz, y en penosas
 Reflexiones malgastándola,
 Hasta que la noche lóbrega
 Por la enmarañada sierra
 Tendió su manto de sombras
 Y ella salió á la ventana.
 Zumbaba en las ramas sorda
 La voz del viento, doblando
 Y estremeciendo las hojas,

Y los picos de las peñas
 A lo lejos, y las copas
 De los árboles finijan
 Mil visiones espantosas;
 Enormes masas sin luz
 En cuyas enormes formas
 La imaginacion mil fieras
 Apariciones colora.
 De este nocturno paisaje
 La relacion misteriosa
 Con sus ideas contempla,
 Y no tan encantadora
 La sonríe su esperanza
 Cual pensó la noche próxima;
 Y el mar de su porvenir
 Mas recio viento alborota.
 Las palabras de su hermano,
 La resolucion briosa
 Del bandido, guerra abierta
 Entre ambos á dos denotan.
 Ofensas hay por en medio
 Que su hermano no perdona,
 Secretos hay que el bandido
 Defenderá á toda costa.
 Monja ha de ser (dijo Carlos)
 Aunque cuanto valga esponga.
 Si va mi cabeza (dijo
 El otro) no será monja.
 Nada la dijo su hermano
 En palabras injuriosas,
 En denuestos ó amenazas;
 Aun no ha espresado su cólera,
 Ni aun se ha puesto ante su vista,
 Lo que prueba que recóndita
 Lleva la hiel preparada
 De una venganza traidora.
 Así Beatriz medita
 En su ventana á deshoras
 De la noche, y así estando
 Cercada de pavorosas
 Aunque fundadas visiones,
 Creyó en la empinada loma,
 Saliendo de las malezas,
 Distinguir una persona.
 El corazon á su vista
 Con violencia latióla;
 Los ojos clavó en el bulto,
 Cuyo contorno en las lóbregas
 Tinieblas no se distingue,
 Mas cuyos pasos se notan,
 Poco á poco aproximándose
 Por la vereda tortuosa.
 Llegó por fin; era un hombre;
 Y en la plazoleta angosta
 Que delante de la quinta
 Deja la tierra escabrosa,
 Paróse como dudando.
 Y al verle, la sangre toda
 De Beatriz, aterrada,
 Al corazon se la agolpa.

EL BANDIDO.

Me esperábais?

BEATRIZ.

No por cierto,
 Y la Virgen piadosa
 Me olvide si esta venida
 No es un gran pesar ahora.

EL BANDIDO.

¿Cómo pesar? ¿y la carta?

BEATRIZ.

¿Carta!

EL BANDIDO.

Espresiva, amorosa,

Aunque indicando temores
 Y augurándome zozobras.
 Leal vuestro mensajero
 Me la entregó en mano propia,
 Señalando el mismo sitio
 Que anoche, y la misma hora.

BEATRIZ.

Mirad que yo no os entiendo.

EL BANDIDO (mirando en derredor.)

(Habrá moros en la costa
 Y disimula por eso)

BEATRIZ.

Vuestra merced se equivoca:
 Yo no escribí carta alguna.

EL BANDIDO.

Aunque no entiendo, señora,
 El empeño de negármelo
 Cuando son justas congojas
 Las que la oculta venganza
 De Carlos nos ocasionan:
 Decid qué queréis de mí;
 ¿Qué es lo que os place que oponga
 Contra sus pérfidos planes?
 Si con maña artificiosa
 Le contrarreste, ó la fuerza
 Con la fuerza correspondo:
 Vuestro esclavo soy, y el serlo
 Tengo á suerte tan dichosa,
 Que nada puede arredrarme
 Por la que mi alma adora.
 Conozco de vuestro hermano
 La condicion ambiciosa,
 Y la suerte que os aguarda
 Si sus intenciones logra!
 Si la fortuna le ayuda
 Libertad y hacienda os roba,
 Pues vuestro encierro y clausura
 Sus negros proyectos colma.
 Iba á contestar Beatriz
 A ofertas tan generosas
 Agradecidas palabras,
 Cuando á las atterradoras
 Voces de ¡asirle! ¡matarle!
 Como aparecidas sombras
 Por la puerta de la quinta
 Salieron varias personas
 Con arcabuces y sables,
 Con puñales y pistolas,
 ¡Ese es! ese es! exclamó

Don Carlos con voces roncadas,
 Y se le echaron encima
 Con voracidad rabiosa.
 Hízose atras el bandido
 Empuñando su tizona,
 Y lanzando un grito agudo
 Que vibró largo en la atmósfera.
 El eco en largo gemido
 Lo llevó de roca en roca,
 De las ásperas montañas
 Por las soledades cóncavas.
 Y al punto entre los peñascos
 Esta señal poderosa
 Hizo brotar seis bandidos
 Que de distancia harto corta
 Hicieron una descarga
 Oportuna y peligrosa.
 Cayó Beatriz sin sentido,
 Sin que humano ser la acorra,
 Y trabóse en la maleza
 Liza sangrienta y dudosa.
 Iba á la par por momentos
 Aumentándose la tropa
 Que por instancias de Carlos
 Iba llegando de Córdoba,
 Y creciendo su cuadrilla
 Como en las grutas mas hondas
 Se internaban los bandidos
 Con precaucion previsora.
 Oíase entre el tumulto
 La voz recia y vigorosa
 De los gefes que mandaban,
 Y la voz atterradoras
 De los que heridos gemian
 Con las postreras congojas.
 Mas se retraen los bandidos,
 Que la peor parte logran,
 Y los soldados avanzan
 Aunque en marcha cautelosa.
 De mata en mata, de árbol
 En árbol, de roca en roca,
 Ganan los unos la tierra
 Que los otros abandonan,
 Y así seguian trepando
 Por las cuestas montañosas,
 Cuando cesó de repente
 La liza tumultuosa.
 Como obedece á un conjuro
 Turba de duendes diabólica;
 Cual desaparecen al soplo
 De un torbellino las hojas;
 Cual leve monton de espuma
 Que se sume entre las ondas,
 Hundiéronse los bandidos
 Entre la espesura lóbrega.
 Hicieron alto los otros
 Temiendo emboscada próxima,
 Comentariando las causas
 De tan estraña maniobra.
 Dueños del campo se quedan,
 Mas parece su victoria
 Mas que triunfo, vencimiento,
 Pues nadie traspasar osa

A la otra parte del monte,
Ni nadie la suerte próspera
Con voz alegre celebra
De las armas vencedoras.
Volviéronse recelosos
Por las gargantas tortuosas
De la montaña á la quinta;
Y antes de apuntar la aurora,
Sin atreverse á seguir
Del bandido la derrota,
Con dos ó tres prisioneros
Se tornaron para Córdoba.
Y en vano los tribunales
A los presos interrogan;
Fieles á su capitan,
Van en silencio á la horca.

X.

En rápida barquilla
De flores coronada,
Las cristalinas ondas
Surcamos al nacer;
Y el ánima inocente
Navega confiada,
En cándida ignorancia,
Sin riesgos que temer.

¡Ay es tan bello entonces
El mar! ¡tan engañoso
Sus limpias aguas dora
Reverberando el sol!
¡Quién no se augura entonces
Un día tan dichoso,
Cual bello es su tranquilo
Y espléndido arrebol!

Mas ¡ay! cuál son del hombre
Los vanos pensamientos,
Los planes de ventura,
De dicha y ambicion!
Eternamente mira
Fallidos sus intentos,
Y solo alcanza sombras
Su pobre corazón.

Borrascas de la vida
Las sórdidas pasiones
De la ventura humana
Se lanzan sobre el mar.
Del porvenir el faro
Espesos nubarrones
Sorben, y va la nave
Sin rumbo y al azar.

¡Quién guía su barquilla
Perdida y maltratada
Por las tinieblas densas
De la tormenta atroz?
¡A qué remota orilla
Podrá desconsolada

Llegar del marinero
La moribunda voz?

Los vientos arrebatan
Sus lúgubres lamentos,
Mas no para que lleguen
A oídos de piedad;
Los llevan para ahogarlos
En medio de los vientos,
Para aumentar con ellos
La horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;
En vano el ojo anhela
La luz hallar lejana
De un astro tutelar;
Tinieblas ve tan solo;
Ni un astro, ni una vela
Por el nublado cielo,
Por el furioso mar.

¡Adonde está, hácia dónde
La abandonada orilla?
¡Adonde la esperanza
Que nos lanzó á salir
De la segura playa?
¡Ay misera barquilla,
Ya Dios tan solo sabe
Cuál es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones
El lóbrego misterio!
¡El mar desconocido
De nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
Por su escabroso imperio,
Llamando paraíso
Lo que es un arenal.

Así camina á ciegas
La niña enamorada,
Así Beatriz navega
El mar de su pasión,
Batida de los vientos,
De escollos circundada,
En su barquilla frágil
Sin vela y sin timón.

Las viles asechanzas
De su ambicioso hermano
La minan su ventura,
La acechan por do quier.
¡Qué hará, mansa paloma
En garras del milano?
¡Contra el injusto mundo
Qué hará débil mujer?

Un voto, (que hizo al cabo
Superstición impía)
A odiosa la condena
Y eterna reclusión . . .
Cuando ella enamorada
Lamenta noche y día

El ídolo perdido
Que adora el corazón.

¡Qué ha sido de Don Cesar?
¡Quién fué, ¡contrario infame!
De la nocturna cita
El miserable autor?
En vano es que le busque,
En vano que le llame,
Aeaso las montañas
Son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!
Tremendo era el ruido
Que por las huecas peñas
Crujía sin cesar:
De las descargas recias
El cóncavo estampido,
No puede de su mente
Ni oídos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros,
Ha visto los heridos;
Mil veces de la lucha
Oyó la relación;
No dan los vencedores,
No tienen los vencidos
Noticias del que adora
Su triste corazón.

Las noches pasa enteras
Velando en su ventana,
Los ojos en la selva
Por si le ve llegar;
Y acláranse las sombras,
Y apunta la mañana,
Y á quien aguarda ansiosa
No llega á su pesar.

Si la ama, cuando sabe
Que abandonada queda,
Cuando su amor oculto
Tal vez le confesó,
¡Será que desprenderse
De sus promesas pueda?
¡Será que solo quiso
Escarmentarla? ah, no.

Que oyó las decididas
Palabras generosas
Que dirigió á Don Carlos
De su ventana al pie.
Cuando dejar ansiando
Sus cuevas montañosas,
Pidió su mano en prenda
De su futura fé.

Y así camina á ciegas
La niña enamorada,
Así Beatriz navega
El mar de su pasión.
Batida de los vientos,
De escollos circundada,

Su misera barquilla
Sin vela y sin timón.

¡Tal es de las pasiones
El lóbrego misterio,
El mar desconocido
De nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
Por su escabroso imperio
Y llama paraíso
Lo que es un arenal.

XI.

Al cabo de unos días en la estancia
De la triste Beatriz, Carlos entró,
Severo el gesto, pálido el semblante
Y alegre el corazón.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento
Remeda con hipócrita exterior,
Recóndito placer mora en su alma,
Colmando su traición.

Con gesto frío, con desden altivo,
Que muestra que le infunde solo horror,
Y sin volver el rostro por no verle,
Beatriz le recibió.

Y él en pié en la mitad del aposento,
Ella hundida en el cóncavo sillón,
Entre el hermano y la infeliz hermana
Tal plática cruzó.

DON CARLOS.

Ya ves que el tiempo se pasa,
Y dice el doctor que ya
Tu salud completa está.
¡Qué hacemos en esta casa?

BEATRIZ.

No disimules, hermano,
Lo que pretendes de mí,
Que estoy hecha á ver en tí
Mas que un amigo, un tirano.

DON CARLOS.

¡En mí, Beatriz! ¡qué razón?

BEATRIZ.

Deja esa humildad, que es vana
Para quien de esa ventana
Oyó una conversacion.

DON CARLOS.

¡Qué dices!

BEATRIZ.

Lo cierto digo:
Ha de ser monja, dijiste,
Pese á quien pese.

DON CARLOS.

¿Lo oíste

Tú?

BEATRIZ.

Sí, por ese postigo.

DON CARLOS.

Pues bien, ya no hay disimulo,
Pues lo oiste eso ha de ser;
Que tú no te has de oponer
Al santo voto calculo.

BEATRIZ.

Mucho me abrieron los ojos
Sus razones, y por eso
Que siento en mí te confieso
De no ir al convento antojos.

DON CARLOS.

¿Qué es lo que hablas, Beatriz?

BEATRIZ.

Jóven y hermosa, á mi ver
Me figuro que he de ser
En el mundo mas feliz.
Justo es consagrarse á Dios
Con un corazon leal,
Pero se parte muy mal
Un corazon entre dos.

DON CARLOS.

¿Le amas! infame.

BEATRIZ.

Sí, le amo.

Desde que ví tu falsedad,
De su amor mi voluntad
Escuchó el dulce reclamo.
Terrible es la tentacion
Y en mí resistir no cabe,
Mas Dios es benigno, y sabe
Que hizo flaco al corazon.
Un vértigo irresistible
Mi mente débil trastorna,
Y en otra mujer me torna
Un talisman invisible.
Amparo en mi duelo imploro;
Mas en alas del deseo
Por todas partes le veo,
En todas partes le adoro.

DON CARLOS.

¡Oh vil corazon de tierra,
Que consagrado al altar
No quieres impío ahogar
El amor que en tí se encierra!
¿Sabes que el convento es
Tu fatalidad, tu sino?
Es el único camino
Que te se abre ante los piés.
Cuantos mundanales lazos
Le interpongas ¡insensata!
Ese poder los desata,
Sí, los hace mil pedazos.
Corre, pues, del mundo en pos,
Mas mira, necia mujer,
Cómo se muestra el poder
Y la voluntad de Dios.

Y así Cárlos diciendo, unos papeles
A Beatriz atónita entregó,
Y al recibirlos su abrasada mano
Tembló y su corazon.
Asaltóla fatal presentimiento,
Y una ojeada veloz
Echando á los papeles, la sentencia
Del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa cárcel
Fué sepultado y condenado en pos,
Y en el dia siguiente ser debia
Puesto en manos del fiero ejecutor.

Los ojos á la fecha del impreso
La desolada Beatriz tendió,
Y desplomóse en tierra sin sentido
La fecha era tres dias anterior.

XII.

Treinta dias despues, una mañana,
En una estrecha celda del convento
Donde estuvo Beatriz, agudo acento
Sonó de una campana.
Y á su cóncavo son estremecidas
Dos personas que habia en su recinto,
En un suspiro lúgubre y distinto
Dieron señal de conservar sus vidas.
Mas de una hora de silencio triste
Dentro del aposento ambas pasaron,
Severo el hombre y la mujer llorosa.
Mas de una hora lenta y silenciosa
La campana esperaron.
Una mujer y un hombre
Los que aguardaban eran,
Ella en espeso velo
Velar quiere su faz y desconsuelo,
Y en consecuencia callaré su nombre.
El hombre era un mancebo que embozado
Sin ceremonia alguna hasta los ojos
Mostraba los enojos
Que tal vez le traian acuitado,
En su inquieta mirada
Y en su postura incómoda y forzada.
De la campana al son él fué el primero
Que se alzó de su silla,
Y la faz melancólica, amarilla
De don Cárlos mostró bajo el sombrero.
Fijó en su compañera
Una de sus miradas
Confusas y taimadas,
Entre desconfiada y altanera,
Y con pausada voz y bronco acento
Así la dijo, y contestóle ella
De grave reflexion tras un momento.

DON CARLOS.

¿Con que profesas por fin?

BEATRIZ.

Es la voluntad de Dios.

DON CARLOS.

¿Y te sometes con gusto?

BEATRIZ.

Con santa resignacion.
Cuanto estorbarlo pudiera
De delante me quitó,
Abrió bajo de mis plantas
La senda de salvacion,
Y el rumbo de mi destino.
Tan claramente marcó,
Que no tuve voluntad
Ni escusa en tal eleccion.
Amor sentí solamente
Por un hombre que murió,
Y por el cual siempre hubiera
Vacilado el corazon.
Tal vez en este momento,
Al elegirme un señor,
Tornárame á él si viviera,
Mas no es dura imposicion
La que de este amor ecsige
El destino vengador,
Si me condena á vivir
En silencio y oracion,
Rogando por él al cielo
Que mi inocencia miró.
Y esto baste, hermano mio,
De este asunto entre los dos;
Olvido al umbral del claustro
Lo que en el mundo pasó;
Sed, pues, hermano don Cárlos,
En él tan dichoso vos,
Como en mi celda encerrada
Ser dichosa espero yo.
Yo os perdono los pesares
De que habeis sido ocasion,
Todo cuanto á mí me toca;
El mal que á él hicisteis, no.

DON CARLOS.

Fué guerra noble y leal,
Suya la provocacion,
Tuve mas suerte ó mas tino,
Y yo vencí y él cayó.

BEATRIZ.

Callad, hipócrita vil,
Callad, lengua de escorpion,
No le vencisteis cual noble,
Le vencisteis cual traidor.

DON CARLOS.

¿Beatriz!

BEATRIZ.

Basta: vendrá un dia
En que á la par él y yo
Os demandemos su muerte
Ante el tribunal de Dios.

DON CARLOS.

No faltaré á responderos.

BEATRIZ.

Basta, hombre sin corazon;
Quede desde este momento

Todo el mundo entre los dos.
Yo cumplo así de mi madre
El voto, y guardo mi honor,
Y vos cumplís los deseos
De vuestra enorme ambicion.

Y en esto oyéronse pasos
En el largo corredor
Do estaba abierta la celda,
Y entraron en procesion
Con blandones en las manos,
Grande aparato y rumor,
Las monjas con el obispo
Que á la monja apadrinó,
Y el coro de los cantores
Y el padre predicador.
Y tras muchas ceremonias,
Y tras de larga oracion,
Llevaron á Beatriz
Al ara en que profesó.
Nadie preguntó en la iglesia
Si tenia vocacion
Para monja la novicia,
Ni si iba gustosa ó no.
Hubo por oír y ver
Las ceremonias mejor,
Alfilerazos de á terciá,
Grita, vaiven y empujon.
Mucha música de orquesta,
Mucho chantre de honda voz,
Muchos chicos, muchos calvos,
Muchos mozos de intencion
Muy profana, y de curiosos
Incomparable monton,
Muchísima irreverencia
Y muchísimo calor.
Y con esta tumultuosa,
Solemne inauguracion,
Vió el pueblo una fiesta mas,
Y Beatriz monja quedó.

XIII.

Quedó monja Beatriz, lector querido,
Y aunque triste, tranquila
A su muerte con fé se ha sometido,
Y en ella no vacila.
Los usos del convento
No la molestan ya, ni el abandono
Del claustro apesadúbrala un momento.
De santa calma y de virtud modelo,
Olvidada del mundo,
Vive esperando en el futuro cielo.
Delicioso y suave, aunque profundo
Recuerdo de pesar tal vez la acusa,
Y aunque al silencio y la oracion acude,
La sombra de Don César amorosa
No aleja ni sacude
De su mente exaltada y calurosa.